

VASILÍ RÓZANOV

EL APOCALIPSIS  
DE NUESTRO TIEMPO

TRADUCCIÓN DEL RUSO  
DE JORGE FERRER

BARCELONA 2017



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Апокалипсис нашего времени*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© de la traducción, 2017 by Jorge Ferrer Díaz  
© de esta edición, 2017 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de esta traducción:  
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *La muerte sobre un caballo bayo* (c. 1775),  
de John Hamilton Mortimer

ISBN: 978-84-16748-52-5  
DEPÓSITO LEGAL: B. 18 015-2017

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2017*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## FASCÍCULO PRIMERO

### A LOS LECTORES

A partir del 15 de noviembre comenzaré la publicación de fascículos que aparecerán con frecuencia quincenal o mensual bajo el título general de *El apocalipsis de nuestro tiempo*. Un título que no requiere explicaciones a la vista de hechos que no tienen sólo un carácter aparentemente apocalíptico, sino apocalíptico en sentido cabal. No cabe duda de que la razón última de todo lo que ahora sucede tiene su origen en el profundo vacío dejado en la humanidad europea (en toda ella, Rusia incluida) por el difunto cristianismo. Ese vacío se lo traga todo: tronos, clases, estamentos, obras, fortunas. Todo está convulso; a todos nos han convulsionado. Todos se desploman; todo se desploma. Y todo corre a hundirse en el vacío de un alma que ha sido privada de su antiguo contenido.

Los fascículos serán publicados en forma de pequeños folletos.

Estarán depositados en la librería de M. S. Yelov, Sér-guiev Posad, provincia de Moscú.

### UN IMPERIO HECHO AÑICOS

Filaret, metropolitano de Moscú, fue el último (¿el único, acaso?) gran jerarca con que ha contado la Iglesia rusa...<sup>1</sup>

<sup>1</sup> El metropolitano Filaret (1782-1867) fue arzobispo de Moscú desde 1821 hasta su muerte. Miembro del Santo Sínodo desde 1819, año en

—Transcurría una procesión por Moscú. Pasaron todos: los obispos, los abades mitrados, los mercaderes, el pueblo; cargaron los iconos, las cruces y los estandartes. Todo había acabado, o casi... Porque allá al fondo, por detrás de los últimos en procesión, avanzaba él, Filaret.

Eso me relató un anciano. Y añadió, indicándome con la mano la minúscula estatura de Filaret:

—Ya me he olvidado de todo y de todos, pero a Filaret lo veo como si fuera ahora.

Yo también me «he olvidado de todo» lo que viví en la Universidad de Moscú. Pero recuerdo muy bien sus profundas palabras grabadas al pie del retrato suyo que colgaba de una pared en la sala de actos.

Sus palabras, sus amonestaciones, eran siempre impresionantes. Sus consejos al emperador, a las autoridades, estaban cargados de sabiduría. Todo él era magnífico.

Era único...

Pero ¿qué hay «además de eso» y «después de eso»? Lo imperceptible, meras esquirolas. «Algunas las hemos visto». En parte, será. *Nota bene*. Porque todos aquellos que en algo se habían señalado ya arrastraban alguna «secreta herejía». Apenas perceptible, sí, y llevada en silencio, pero la arrastraban. Filaret, en cambio, «era justo en todo».

Hasta al Sínodo le profesaba respeto. Y al zar Nikolái Pávlovich<sup>2</sup> lo respetaba también, aunque fue precisamen-

---

que fue nombrado arzobispo de Tver, lo abandonó cuando perdió el favor del procurador general Protásov. Filaret fue responsable de la traducción de las Sagradas Escrituras a la lengua rusa, lo que le acarreó serias desavenencias con el clero ortodoxo. Se lo tiene por el más grande orador sagrado de su tiempo.

<sup>2</sup> Es decir, Nicolás I, cuyo reinado se extendió de 1825 a 1855 y significó una vuelta a los postulados más tradicionalistas en los ámbitos de la política, la cultura y las costumbres. Así, Nicolás I buscó restringir el

te él quien lo «despidió y privó de asistir a las sesiones del Sínodo, donde ya no se lo vio más».\* Entonces ya se había producido la fractura, la ruptura: no en la Iglesia, precisamente, sino en el seno mismo del poder imperial. ¿Acaso un soberano tan grande y tan conservador como el nuestro no iba a tomar como consejero íntimo a alguien igualmente grande y conservador como lo era el máximo faro que conoció la Iglesia de Rusia en toda su historia?

Sin embargo, se enemistaron por nimiedades. Llevaba razón aquel demonio de Gógol.

Pushkin, Zhukovski, Lérmontov, Gógol, Filaret: ¡cuántas luces brillantes en el reino! Pero Nicolás I quería brillar él solo «junto a sus amigos Guillermo o Federico», o quien fuese. No era más que un vulgar carnero envuelto en zarzas y ya listo para la inmolación (de la dinastía entera).

Y de repente se hundió todo: el reino y la Iglesia. Los popes fueron los únicos en desconocer que la Iglesia se hundió más estrepitosamente que el reino. El zar estuvo por encima del clero. Ni disimuló ni mintió. Pero al constatar que tanto el pueblo como la soldadesca y la nobleza (Rodzianko),<sup>3</sup> los representantes del Estado, falsarios inve-

---

poder del Sínodo, que se proponía convertir en un mero ministerio de culto al servicio del Gobierno. Sus tentativas de someter el poder religioso al poder civil chocaron con Filaret, quien se ganó así la enemistad de Protásov y acabó apartado de la jerarquía eclesiástica.

\* Filaret tuvo muchos enfrentamientos con el general Protásov, procurador principal del Sínodo. «Llevo las espuelas del general clavadas a mi túnica», dijo en una ocasión Filaret, y sus palabras, pronunciadas en público, llegaron a oídos del soberano.

<sup>3</sup> Mijaíl Vladímirovich Rodzianko (1859-1924) ocupó la presidencia de la Duma entre 1911 y 1917. Figura descollante del Partido Octubrebrista, Rodzianko desempeñó un papel decisivo durante los acontecimientos que rodearon la Revolución de 1917 y culminaron en la abdicación del zar. Rodzianko intentó alcanzar un compromiso con los socialistas

terados, y los «señores mercaderes» lo repudiaban y traicionaban de manera tan horrible (por culpa de la repugnante historia con Rasputín), puso por escrito, lisa y llanamente, que, en esencia, renegaba de pueblo tan malo. Y se puso a partir el hielo con una barra (en Tsárskoye). Una decisión razonable, magnífica y digna de un soberano.

«Aunque sea pequeño, tengo treinta y dos costillas como cualquier otro hombre» (véase *El mundo de los niños*).

Pero ¿y la Iglesia qué? Está Andréi, el de Ufá, sí, pero nada más.<sup>4</sup> Antes eran «treinta y dos sacerdotes» que decían querer una «Iglesia libre» y «fundada en los cánones». Ahora hay tropecientos sacerdotes, infrasacerdotes y supersacerdotes postrados a los pies de los socialistas, los judíos y los no judíos, \* jurando y perjurando, perorando e inventándose que «la Iglesia de Cristo siempre fue, en esencia, socialista» y que, sea como fuere, no fue monárquica jamás, aunque Pedro I «nos obligara a mentir».

La antigua Rusia se destiñó en apenas un par de días. En tres jornadas, cuando más. Ni la redacción de *Tiempo Nuevo* se pudo cerrar tan deprisa como se canceló la antigua Rusia. Es sorprendente cómo se hizo añicos toda ella

---

con vistas a la formación de una Asamblea Constituyente. A la postre, sus esfuerzos resultaron baldíos. En 1920 marchó al exilio en Yugoslavia, donde murió.

<sup>4</sup> Andréi, arzobispo de Ufá, apellidado Ujtomski antes de tomar los hábitos, ganó cierta notoriedad en el Petrogrado de la Revolución debido a una serie de sermones en los que exponía doctrinas netamente liberales y preconizaba una profunda reforma eclesiástica.

\* Anoto esto aquí sin ánimo de reproche ni asomo de ironía, sino únicamente para mostrar que en la jerga eclesiástica se los llamó siempre «judíos» con evidente matiz peyorativo y afán denigratorio. Con todo, ahora que el presente se viste con tono apocalíptico, «el cántico de Moisés, esclavo de Dios» incluido, se verá que este mundo tiene mucho más que ver con los judíos que con nuestra desventurada Rusia.

de golpe, hasta en sus detalles más mínimos. En verdad, la historia no había conocido antes una conmoción de tales proporciones, si exceptuamos la época de la «gran transmisión de los pueblos». Pero aquello ocurrió a lo largo de una época entera, es decir, a lo largo de «dos o tres siglos». Y esto aquí ha sido cosa de tres días y puede que hasta de dos. Desapareció el imperio, desapareció la Iglesia, desaparecieron el ejército y la clase trabajadora. ¿Y qué ha quedado, entonces? Por extraño que parezca, no ha quedado prácticamente nada.

Queda un pueblo ruin, uno de cuyos miembros, un anciano de sesenta años «con aire de gravedad» y residente en la provincia de Nóvgorod, se manifestó en los siguientes términos: «Habría que arrancarle la piel a tiras a ese zar que nos hemos sacado de encima». Es decir, que no proponía desollarlo de una tacada, como cuando los indios te arrancan el cuero cabelludo, sino hacerlo a la rusa, y sacarle la piel tira a tira, como si de cinturones se tratara.

¿Qué daño pudo haberle infligido el zar a aquel «campesino de aire grave»?

Ahí tenéis el porqué de un Dostoievski...

Ahí tenéis el porqué de un Tolstói o un Alpatich<sup>5</sup> y, por añadidura, la razón de que contemos con *Guerra y paz* toda.

¿Qué sucedió aquí, en realidad? Pues que todos estábamos haciendo el tonto. Hacíamos el tonto bajo el sol y sobre la tierra, sin reparar en que el sol nos veía y la tierra nos

\* Ese hecho me fue relatado por la señora Nepenina, esposa del administrador de la granja agrícola «Tiempo Nuevo», en la aldea de Suda (no lejos de la estación de ferrocarriles Nikoláievskaja), provincia de Nóvgorod.

<sup>5</sup> Alpatich es un personaje de la novela *Guerra y paz*, de Lev Tolstói. Intendente de la hacienda del príncipe Andréi Bolkonski, encarna el tipo de servidor fiel y devoto.

escuchaba. Nadie se comportó con seriedad y, de hecho, los zares fueron los que más enteros se mostraron, como Pablo I,<sup>6</sup> quien, a pesar de sus limitaciones, «trabajó» cuanto pudo y se comportó como un caballero. A resultas de ello, y como suele suceder en esos casos, «cayó como una víctima inocente». Una historia eterna en la que todo conduce a Israel y sus misterios. Mas dejemos a Israel por esta vez; hoy es Rusia la que nos ocupa. En esencia, nos habíamos entregado al juego con la literatura. «¡Qué bien escribe!», decíamos de éste o de aquél. Y todo lo que nos importaba era lo bien que un autor escribía y no lo que había escrito precisamente. Eso último no parecía interesar a nadie. Si la juzgamos por su *contenido*, la literatura rusa es de todo punto abominable, y constituye una suma de impudicia e insolencia como no se atisba siquiera en ninguna otra literatura nacional. Nacida en un imperio enorme y pujante habitado por un pueblo amante del trabajo, razonable, obediente, ¿qué hizo la literatura rusa? Nada aprendió ella misma, ni se molestó en enseñar nada al pueblo; ni siquiera le enseñó a fabricar clavos, hoces o azadas («traemos las azadas de Austria», ¡de tan lejos!). Desde los tiempos de Pedro el Grande, el pueblo tuvo que desarrollarse por sí

<sup>6</sup> Pablo I de Rusia (1754-1801) sólo pudo acceder al trono a la muerte de su madre, Catalina II, a la que detestaba. En contraste con la línea absolutista de su predecesora en el trono, Pablo I adoptó una serie de medidas a favor de los campesinos, los siervos y el clero rural. La nueva orientación que imprimió al régimen zarista con vistas a la eliminación de los métodos despóticos de gobierno y diversos conflictos de orden dinástico le granjearon la enemistad de la aristocracia. Un complot palaciego desembocó en su asesinato en 1801. Tenido por loco durante largos años, Pablo I ha sido fuente de toda suerte de anécdotas, muchas apócrifas. Su figura ha sido rehabilitada más recientemente por algunos estudios académicos.



solo y en los términos más primitivos, mientras la literatura se ocupaba del «cómo se amaban unos a otros» y «qué se decían». Por lo visto, los rusos no hacían nada más que «hablarse» y «hablarse» y «amarse» y «amarse».

Nadie se ocupó de indagar por qué Rusia no cuenta ni con una sola botica rusa, es decir, puesta en marcha y llevada por un ruso (jamás leí un solo artículo sobre ese particular en las revistas o los periódicos). Tampoco nadie puso de manifiesto que no sabemos extraer yodo de las algas, que los sinapismos nos los aplican «los franceses» porque no hay un solo ruso capaz de extender la mostaza sobre el papel de manera que esta conserve su «eficacia» y su «fragancia». ¿Qué sabemos hacer los rusos? Pues fijaos qué cosa: sabemos amar como amó Vronski a Anna, Litvínov a Irina, Lezhnev a Liza y Oblómov a Olga.<sup>7</sup> Santo cielo, ¡el amor es algo que hay que cultivar en el seno de la familia! Pero parece que entre nosotros no había demasiado amor que digamos y, encima, saltaron a la palestra los malditos procesos de divorcio con su «ama por deber y no por amor». Y ahí fue donde se derrumbó, la primera, la Iglesia. Y yo diría que bien merecido se lo tenía «por ley»...

## DE CÓMO ESTAMOS MURIENDO

¿Qué le vamos a hacer? La muerte nos ha llegado, así que es hora de morir.

La muerte, la tumba, para la sexta parte de la tierra fir-

<sup>7</sup> Vronski y Anna son los protagonistas de la novela *Anna Karénina* (1876-1877), de Lev Tolstói; Litvínov e Irina y Lezhnev y Liza lo son de las novelas *Humo* (1876) y *Rudin* (1856), de Iván Turguéniev; Oblómov y Olga protagonizan *Oblómov* (1859), la obra cumbre de Iván Goncharov.

me de este planeta. Se habla ya de «la simple existencia etnográfica de los extintos reino e imperio rusos», y hasta se dictan conferencias en las que se aborda esa perspectiva. Así nos consideran algo ya pasado y, por lo tanto, se resig-nan a vernos de esa guisa. Se dice que los súbditos de la Rusia de antaño se verán transformados en lo que llaman «eslavos polabos».

La Rusia de antaño... ¿Cómo se puede hablar de algo así? Y, sin embargo, ya es moneda corriente hablar en esos términos.

No es en la muerte donde radica la pena. «Los hombres no mueren cuando han madurado, sino cuando sus jugos vitales no han alcanzado la madurez». Es decir, cuando esos jugos vitales han alcanzado un estado que hace que la muerte sea imprescindible e inevitable.

Si un hombre no puede morir sin que medie «la voluntad de Dios», ¿cómo podemos concebir, cómo podemos imaginar que un pueblo y un reino enteros puedan fenecer sin que medie «la voluntad de Dios»? He ahí el quid de la cuestión. Por lo visto, Dios no quiso que Rusia continuara existiendo. La aparta de su lugar bajo el sol. «Marchaos, siervos inútiles».

¿«Inútiles»? ¿Cómo llegamos a convertirnos en «inútiles»?

Ya llevamos largo tiempo hablando de ello en «nuestra preciosa literatura», donde encontramos títulos como *Diario de un hombre superfluo* o *Notas de un inútil*. También se pasea por ella un «hombre ocioso», y hay toda suerte de «subsuelos» que se han inventado...<sup>8</sup> En cierto sentido,

<sup>8</sup> El *Diario de un hombre superfluo*, de Turguéniev, fue publicado en 1850. La expresión «hombre superfluo» hizo fortuna y designa desde entonces, en boca de los historiadores de la literatura y la sociedad rusas, al arquetipo del idealista soñador e inútil, un personaje muy fre-

nos hemos estado ocultando de la luz solar, como si nos avergonzáramos de ser quienes somos.

¿Acaso el sol no se avergonzaría de hombres avergonzados de sí mismos? Ya se sabe que nuestro querido solecito está unido a nosotros por un lazo.

Y bien, resulta que nos hemos hecho «inútiles» bajo el sol y nos refugiamos en cierta noche. La noche. La nada. La tumba.

Morimos como fanfarrones, como actores. «Sin cruz, ni plegaria». Si hay alguien capaz de morir sin cruz ni plegarias, éstos somos los rusos. Cosa rara, por cierto. Porque nos pasamos la vida orando y persignándonos, y cuando de repente nos llega la hora de la muerte hemos arrojado la cruz a un lado. Es muy sencillo: «Los rusos no hemos vivido nunca la verdadera ortodoxia». Campesinos y soldados han transitado hacia el socialismo, es decir, hacia el ateísmo más radical, «con la misma naturalidad con que habrían entrado en unos baños públicos para enjuagarse con agua fresca». Y eso es exactamente así: no se trata de una horrible pesadilla, sino de la realidad que estamos viviendo.

Preguntémoslo otra vez: ¿de qué muerte estamos muriendo? Intentemos de una vez expresar en una sola palabra y hacer converger en un solo punto las razones de nuestra muerte. Morimos por una sola y fundamental razón: *haber perdido el respeto por nosotros mismos*. De hecho, nos estamos suicidando. No es tanto que el «solecito nos esté apartando», cuanto que nosotros mismos nos estamos apartando hacia las sombras. «¡Apártate de mí, Satanás!».

El nihilismo... He ahí cómo asoma el nihilismo, con cuyo nombre se han bautizado los rusos desde hace tiempo. O me-

---

cuente en las obras de aquellos años. La alusión al «subsuelo» es una referencia a las *Memorias del subsuelo* (1864), de Fiódor Dostoievski.

por, el nombre que han adoptado mientras se apartan del bautismo.

—¿Quién eres? ¿Un vagabundo del mundo solar?

—Soy un nihilista.

—Yo sólo *simulaba* orar.

—Yo sólo simulaba *ser súbdito de un reino*.

—En verdad, yo me basto a mí mismo.

—Yo trabajo en una fábrica de chimeneas y eso es lo único que me importa.

—A mí lo que me vendría de perlas sería trabajar un poco menos.

—Y a mí, contar con más tiempo para irme de juerga.

—Y a mí, librarme de ir a la guerra.

Y entonces el soldado arroja el fusil y el obrero abandona el taller.

—La tierra debería dar frutos por sí misma.

Y el campesino abandona los cultivos.

—Ya se sabe que la tierra es de Dios, así que nos pertenece a todos.

Eso es cierto, sí, pero tú no eres un hombre de Dios. Y la tierra cuyos frutos te dispones a esperar no te dará nada. Y como no lo hará, acabarás regándola de sangre.

La tierra es de Caín y es de Abel. Y la tuya, ruso, es la tierra de Caín. Has maldecido tu tierra y la tierra te ha respondido con idéntica maldición. He ahí el nihilismo y la fórmula por la que se rige.

El solecito no iluminará jamás al hombre oscuro. No necesita de él.

Lo más sorprendente de todo esto es que nos vamos bajo tierra en un estado de éxtasis. Emprendimos la guerra igualmente extasiados. ¿Recordáis aquel mes de agosto y el encuentro del zar con el pueblo donde todo era mera simulación? ¿Recordáis las victorias, la más señalada de las cuales

era la del cosaco Kriuchkov, quien había decapitado a siete alemanes, como era su costumbre? ¿Y el encendido «¡Tenemos que vencer!» de Ménshikov? ¿Y los triunfantes conciertos de Dolina en el circo Ciniselli y después en Tsárskoye Seló?» ¿Qué era aquello de «tenemos que vencer»? La victoria comienza a conquistarse en tiempos de paz y no cuando ya ha estallado la guerra. Y nosotros, en la paz, no hicimos absolutamente nada, y si de algo éramos conscientes era de que no estábamos haciendo nada. Pero ahí no acabó la cosa. ¡Todavía estaba por llegar el entusiasta éxtasis en el que nos sumió la Revolución! «El cumplimiento de todos los deseos». En verdad, las hemos tenido de todos los colores para hartarnos. Si alguna vez «saciaron al sediento o al hambriento», eso fue con la llegada de la Revolución.<sup>10</sup> Pero hete aquí que antes de que el revolucionario hubiera gastado la suela de sus primeras botas lo vimos bajando a la tumba, ya cadáver. ¿Acaso no estamos ante un actor? ¿O ante un fanfarrón? ¿Y qué ha sido de nuestras oraciones? ¿De nuestras cruces? «Ni un solo sacerdote habría bendecido con una plegaria a semejante difunto».

<sup>9</sup> Mijaíl Osípovich Ménshikov (1859-1919), periodista y pensador. Afín a las corrientes más reaccionarias del nacionalismo ruso, dirigió ataques furibundos contra la izquierda y contra los liberales. A la postre, fue fusilado por los bolcheviques. Dolina, cantante de éxito en aquellos tiempos, participó en una serie de conciertos de inflamado carácter nacionalista y de franco apoyo a la dinastía de los Romanov que tuvieron lugar en la sala principal del circo Ciniselli, en Petrogrado, durante las primeras semanas de la guerra. En Tsárskoye Seló (la actual Pushkin), al suroeste de San Petersburgo, tenía su sede la residencia de la emperatriz Catalina II.

<sup>10</sup> Rózanov parece parafrasear Mateo 25, 35: «Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis». (*N. del T.*)